

La recepción de John Dewey en América Latina

Jaime Nubiola
(jnubiola@unav.es)

Después de décadas de un cierto olvido general sobre el educador norteamericano John Dewey (1859-1952) y sobre su contribución a la filosofía y a la teoría de la educación, comienza a advertirse por muchos lados que su pensamiento no solo es importante para la comprensión del siglo XX, sino que Dewey, junto con Peirce y con los otros pragmatistas clásicos norteamericanos, es un pensador clave para el siglo XXI. Se trata probablemente de otro signo del resurgimiento general del pragmatismo que encontramos en la actualidad en muchas disciplinas y en nuestra cultura en general. Este redescubrimiento de Dewey no se ha dado solo en los Estados Unidos, sino que también se está produciendo en los diversos países europeos. Pienso que esto es válido no solo para los países de habla inglesa y los países europeos sino que, en particular, es de aplicación en América Latina como atestigua este seminario en Brasil. Agradezco muchísimo la cordial invitación de la Profa. Dra. Edna Maia Magalhaes do Nascimento.

El objetivo de mi conferencia consiste en describir sumariamente la relación de Dewey con España y América Latina, como forma también de mostrar la actualidad de su pensamiento y su efectiva incidencia en la configuración del mundo educativo hispanico. Con este propósito, mi exposición está dividida en tres secciones: 1) una presentación de la temprana recepción de Dewey en España hasta la Guerra Civil (1936-39), enfatizando su papel en el movimiento de renovación pedagógica; 2) una descripción de su influencia durante la segunda mitad del siglo en Latinoamérica, junto con un intento de explicar el eclipse de su reconocimiento, y, finalmente, 3) una evaluación del reciente resurgimiento general del pragmatismo.

1. LA RECEPCIÓN DE DEWEY HASTA LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Se ha dicho que era un honor de España el haber sido el primer país en el que se publicó una traducción de Dewey, pocos meses antes de la publicación de la traducción japonesa de *Outlines of a Critical Theory of Ethics* por Tokuzo Nakajima. Según varios autores habría sido Domingo Barnés, miembro de la Institución Libre de Enseñanza, el traductor al español de *The School and Society*, escrita por Dewey en el año 1899, publicada por la Librería Francisco Beltrán de Madrid en 1900. En un documentado trabajo en la *Revista Española de Pedagogía*, Miguel Pereyra-García reiteraba esta afirmación y daba noticia en una nota a pie de página de las fuentes en que se basaba, al mismo tiempo que expresaba su desconcierto por el hecho de que en la

Checklist of Translations 1900-67 de Dewey esta temprana traducción hubiera sido atribuida a Lorenzo Luzuriaga, otro conocido educador español, en lugar de a Barnés.

Conseguí encontrar un ejemplar de aquella temprana traducción —en la que consta que su autor es Domingo Barnés— y pudimos comprobar que el libro no lleva fecha de publicación, pero las referencias contextuales —los anuncios de las cubiertas— muestran con claridad que el libro no fue impreso antes de 1915. Más adelante, encontramos la primera conferencia de *The School and Society* traducida al español y publicada en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* en mayo de 1915 (39, nº 662, 129n), que contiene una nota al pie anunciando que una traducción española del trabajo completo aparecería pronto. Las dudas sobre este puzle quedaron del todo disipadas cuando encontramos en el periódico *El Sol* del 22 de abril de 1918 un texto precisamente de Luzuriaga bajo el título "La pedagogía de Dewey. La educación por la acción" que suministra valiosos detalles sobre la recepción de los textos de Dewey en España. Dice así:

"Los trabajos pedagógicos más importantes de Dewey son: "My Pedagogic Creed", 1897, traducido recientemente en los "Quaderns d'Estudi", de Barcelona; "La escuela y la sociedad", 1899, traducido al castellano también *hace poco tiempo por D. Barnés* (de esta obra ha aparecido en inglés una segunda edición muy ampliada el año último); varios trabajos sueltos, algunos de ellos reunidos y traducidos al francés con el título de "La escuela y el niño" (publicaciones del Instituto J. J. Rousseau); "Las escuelas de mañana", 1916, que acaba de traducir el que esto escribe, y su última y reciente obra "Democracy and Education".

Con estos datos, España cede a Japón el honor de haber sido el primer país en traducir un libro de Dewey, pero esta anécdota ilustra bien una de las nociones clave del pragmatismo: para aclarar una duda, se requiere normalmente apelar a la experiencia, en este caso, al libro físico y a los testimonios de los protagonistas.

Para introducirnos en cuestiones de mayor calado, el punto verdaderamente relevante es que, desde 1915 en adelante, gracias al trabajo de Domingo Barnés y Lorenzo Luzuriaga, los artículos y libros de Dewey comenzaron a ser traducidos más o menos sistemáticamente al español y, gracias al esfuerzo personal de Eugenio d'Ors, también al catalán. Sobre esta etapa de la temprana recepción de Dewey en España, es especialmente interesante mencionar al menos tres puntos. El primero es que, como Kandel señaló en 1929, fue la influencia directa de Dewey o la influencia más general de la pedagogía americana lo que hizo extenderse las tendencias renovadoras en la educación europea durante las tres primeras décadas del siglo XX. El segundo punto es que todos los trabajos de Dewey que fueron recibidos, traducidos y admirados en español en esas tres primeras décadas del siglo, corresponden a educación, lo que concuerda con la tendencia general en el resto de los países europeos. El tercer punto es que la mayoría de las ideas de Dewey sobre la educación no eran, en cierto sentido, realmente *nuevas* y, además, eran especialmente bien recibidas en Europa a pesar de la escasa valoración del pragmatismo por parte de los filósofos europeos. Se sentía que las ideas de Dewey eran un reflejo de las expresadas por pensadores como Rousseau, Pestalozzi, Herbart, Fröbel y sus seguidores, pero, que quizá por venir de América, sonaban como algo nuevo.

En mi opinión, el punto esencial consiste en advertir que durante la segunda y tercera décadas del siglo XX, Dewey estaba en el centro del debate pedagógico en Europa respecto al método de enseñanza y al sistema de organización escolar. Mientras en los Estados Unidos "durante los años 20 y 30 el pragmatismo de John Dewey dominaba el ámbito intelectual", su influencia en Europa durante esas décadas fue insignificante en la filosofía académica, pero fue realmente poderosa en el ámbito de la educación. Como Abbagnano y Visalberghi escribieron en su manual de pedagogía, "el filósofo no contemporáneo que ha ejercido tanta influencia sobre el pensamiento, la cultura, los usos políticos y, especialmente, sobre la práctica educativa del mundo civilizado es el americano John Dewey".

La nueva filosofía de la educación se encontraba arraigada en el pragmatismo norteamericano, y este —esencialmente un producto de la filosofía académica norteamericana del siglo diecinueve— era escasamente conocido por los filósofos europeos que consideraban el pragmatismo como una peculiar tradición localista muy distante de las corrientes principales de la filosofía europea. El pragmatismo era de ordinario entendido en Europa como un 'modo americano' de abordar las cuestiones del conocimiento y de la verdad, pero de una forma del todo ajena a la discusión europea. Ante el desinterés de los filósofos por el pragmatismo, destaca todavía más el interés de los educadores europeos por el trabajo de Dewey en educación. En palabras de Brickman, "el interés europeo en la filosofía y en la práctica educativas de Dewey es un suceso destacable en la historia de la educación del siglo XX. Fue un extraño pensador americano quien tuvo la fortuna de que sus ideas fueran acogidas seriamente en el Viejo Mundo".

Según escribe Kandel, "fue John Dewey quien se convirtió en el guía y el representante más influyente del pragmatismo, tanto en su filosofía como en su método". Como es bien sabido, Dewey fue el primero en hacer uso del pragmatismo en su acercamiento renovador a la educación. Además, Dewey probó su método en su propia escuela laboratorio creada en 1896 en Chicago. Más tarde, su método sería aplicado con carácter general en las escuelas laboratorio universitarias norteamericanas, y luego en las escuelas públicas de los Estados Unidos. Este movimiento no solo afectó a los Estados Unidos, sino que finalmente llegó a permear todo el proceso de renovación educativa en toda Europa.

El siguiente párrafo tomado del *Pedagogic Creed* (1897) de Dewey expresa de forma elocuente su punto de vista general sobre la educación:

"Con el advenimiento de la democracia y de las condiciones industriales modernas, es imposible predecir de una forma definitiva cómo será la civilización dentro de veinte años a partir de ahora. De ahí que resulte imposible preparar al niño para ningún conjunto preciso de condiciones. Prepararle para la vida futura implica darle dominio sobre sí mismo; implica, pues, adiestrarle de modo tal que tenga pronto y completo uso de sus capacidades; que su ojo, y su oído y su mano puedan ser instrumentos prestos a ser usados, que su juicio pueda ser capaz de comprender las condiciones bajo las cuales habrá de operar, y que sus fuerzas ejecutoras sean adiestradas para actuar de manera eficaz y económica. Es imposible alcanzar este tipo de adaptación salvo si se toman en consideración constantemente las propias capacidades, gustos e intereses del individuo, esto es, salvo si la educación queda convertida continuamente en términos psicológicos".

De hecho, este *Pedagogic Creed* fue traducido y publicado varias veces en España a lo largo de los años: primero en catalán por Joan Palau en 1917-18, más tarde en castellano en 1924 en *el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* y en 1926 en los *Ensayos de Educación*, editados por Barnés en La Lectura. Cuando Luzuriaga lo reedita en 1931 en la *Revista de Pedagogía* se siente movido a explicar que "a pesar de los treinta y cuatro años transcurridos desde su publicación, el trabajo tiene tanta frescura y actualidad como cuando fue publicado".

Las ideas de Dewey fueron muy bien recibidas por todos los que intentaban renovar el sistema tradicional español de educación. En particular, los ideales pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza eran bastante similares a los defendidos por Dewey. "Ambos, Dewey y la Institución, enfatizaban 'el principio de la actividad' o la 'educación por la acción', un método pedagógico centrado en el estudiante que requería que los estudiantes tomaran un papel activo en su propia educación". Los miembros de la Institución sentían que las ideas de Dewey estaban en sintonía con su propio movimiento. No es, por tanto, una sorpresa que la mayoría de las traducciones españolas de los trabajos de Dewey durante los años veinte y treinta fueran publicadas en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. Además de once artículos del propio Dewey, se publicaron en el *Boletín* cuatro artículos sobre su concepción educativa por autores tan brillantes como Köhler, Claparède y el propio Domingo Barnés. Entre 1926 y 1929, Barnés tradujo ocho pequeños volúmenes de Dewey y los publicó en *La Lectura*, que al comienzo era una revista vinculada a la Institución, y más tarde se convirtió en una editorial. Las ideas de Dewey fueron también ampliamente difundidas por Lorenzo Luzuriaga a lo largo de toda su vida, pero muy especialmente desde 1922 hasta 1936 en la *Revista de Pedagogía*.

Para ilustrar la afinidad entre las ideas de Dewey y los ideales educativos innovadores que enarbolaba la Institución, vale la pena transcribir un texto de un eminente miembro de la Institución, Manuel Bartolomé Cossío, de 1882:

"Desarrollar la actividad, la espontaneidad y el razonamiento en el niño; estimular su iniciativa; favorecer la expansión de sus fuerzas interiores; hacer que sea no sólo partícipe, sino el principal actor de su propia educación en vez de degenerar en una rueda inerte del mecanismo escolar; que bulla en él la vida; que todo le hable; que sienta el deseo de verlo todo, de cogerlo todo, de comprenderlo todo (...) No hay resultado positivo si el niño no crea e investiga por sí. (...) El niño es un investigador; descubre relaciones que tal vez no ha visto nunca el maestro".

Estas palabras de Cossío fueron escritas cuarenta años antes del *Pedagogic Creed* de Dewey y expresan muy bien esa profunda afinidad entre la Institución y algunas de las ideas pedagógicas más estimadas de Dewey.

Por tanto, puede concluirse que hay evidencia de que Dewey fue leído y extensamente citado por los pioneros españoles de la Nueva Educación. Como Dewey, muchos intelectuales estaban interesados en la reforma de la sociedad por medio de una profunda transformación de las escuelas. Dewey sostenía que la escuela era una "comunidad embrionaria" que haría mejorar toda la sociedad haciéndola democrática y armoniosa, "la escuela es el factor democrático por excelencia". La Nueva Educación representaba una rebelión contra el formalismo, contra los métodos pasivos existentes

hasta entonces y contra la uniformidad del currículo en la educación tradicional. Su núcleo consistía en devolver el centro de gravedad al niño proponiendo métodos que hicieran uso de su inclinación natural a la conversación, la interrogación, la construcción y la expresión, que pasan a ser considerados ahora como la principal fuente del proceso educativo.

De acuerdo con el punto de vista del pragmatismo, la función de la filosofía de la educación no es la de descubrir valores extrínsecos o universales que puedan ser incorporados a los currículos y los programas de estudio para su aprendizaje por parte de los alumnos. Por el contrario, la tarea real de la filosofía de la educación es, más bien, la de definir los procedimientos por medio de los cuales los alumnos pueden situarse en aquella posición en la que serán capaces de desarrollar sus propios valores y reconstruir sus propias experiencias en función de lo que pida cada situación, en lugar de aceptar acríticamente valores y resultados de las experiencias de otros. Así, las teorías progresistas de la educación insisten en que el pensamiento genuino solo nace de los problemas reales tal como se presentan en el entorno personal del niño y no a partir de motivos teóricos abstractos.

Desde un punto de vista hispánico, podría añadirse quizá que este acercamiento pragmatista se ajusta muy bien al carácter individualista y experimentalista típico de nuestra tradición. En este sentido, algunos autores han identificado las afinidades peculiares entre el carácter latino y el pragmatismo, así como los rasgos comunes compartidos por algunos autores clave de la filosofía latinoamericana y el pragmatismo norteamericano.

2. LA INFLUENCIA DE DEWEY DESPUÉS DE LA GUERRA

El impacto de las ideas de Dewey sobre quienes estaban promoviendo la reforma educativa en los años de la República en España entre 1931 y 1936 ha sido claramente reconocido. De hecho, los dos principales traductores de Dewey, Barnés y Luzuriaga, ocuparon puestos políticos y a través de sus actividades pusieron en práctica en la legislación española sobre la educación pública algunas de las ideas de Dewey.

La opinión de Dewey sobre la guerra civil española es conocida. El 3 de marzo de 1937 publicó una carta en el *Christian Century* titulada "*Aid for the Spanish Government*", en la que criticaba a los pacifistas americanos que defendían la no interferencia de los Estados Unidos en la guerra española. Vale la pena citar al menos dos párrafos de aquella carta:

"(...) una guerra civil como la de España puede ser el medio para defender y continuar el proceso democrático y poner a prueba el fascismo. Es vano especular si el gobierno que surja de la contienda será más o menos democrático. Hay muchos testimonios de que España está constituida de tal manera que hace imposible una dictadura en favor de las fuerzas populares".

"Ciertamente los Estados Unidos deben mantenerse al margen de cualquier guerra europea, pero el mejor modo de impedir tal contingencia es bloquear la agresión de los estados fascistas por medio de la preservación del método democrático de progreso. España es el *test* internacional en esa lucha.

Obviamente, es obligación de todos los americanos afectados por esa contienda, no involucrar al gobierno en ninguna otra política que la de permitir al gobierno de España reconocido el continuar con sus normales relaciones comerciales. La ayuda privada, sin embargo, no debe ser restringida".

En 1939, junto a Sidney Hook y otros, Dewey formó el Comité para la Libertad Cultural, cuyo propósito era "denunciar la represión de la libertad cultural": el Comité denunció a la Unión Soviética, Alemania, Italia, Japón y España por tales prácticas represivas.

Como es bien conocido, una de las consecuencias de la guerra civil fue el exilio de una gran cantidad de intelectuales españoles, que en su mayoría se habían inclinado en favor de la República. Entre ellos estaban algunos de los que habían introducido las ideas de Dewey en España: Barnés, Luzuriaga, Imaz, Gaos y otros. Este movimiento de emigración y el alineamiento de Dewey con el bando republicano explican tanto el silencio general en relación a Dewey en la España de la postguerra, como la propagación de las ideas de Dewey y el florecimiento de nuevas traducciones de sus trabajos en México y Argentina. Respecto de lo primero, Brickman señaló que "extrañamente, un historiador de la educación en la España de Franco reconoce a Dewey como un líder de la educación moderna", y en una nota al pie transcribe del manual de Ezequiel Solana: "El profesor Dewey es uno de los pensadores que más han influido en el movimiento pedagógico de las Escuelas Nuevas y es llamado por muchos el 'padre de la educación renovada'".

Respecto de lo segundo, la recepción de Dewey en Latinoamérica, hay que decir que Dewey disfrutó en estos países de una gran reputación como educador. Como describe también Brickman:

"Desde el tiempo de Domingo Faustino Sarmiento y José Pedro Varela, los educadores latinoamericanos se acostumbraron a mirar con respeto el trabajo de sus colegas del norte de Río Grande. El interés en Dewey fue probablemente estimulado en parte por la disponibilidad de las traducciones hechas en España, y se mantuvo a pesar del creciente recelo hacia el 'Coloso del Norte'".

Después de su visita a México en el verano de 1926, durante la que impartió dos cursos en la Universidad Nacional de México en Ciudad de México, Dewey describió sus impresiones en cuatro artículos breves: "La Iglesia y el Estado en México", "El renacimiento educativo de México", "Desde un cuaderno mexicano", y "El imperialismo es fácil". Dewey visitó México de nuevo en 1937 como Presidente de la Comisión de Investigación de las acusaciones hechas contra Trotsky en los juicios de Moscú.

Deben ser destacados dos nombres en la temprana recepción de las ideas de Dewey en México: José Vasconcelos (1882-1959) y Moisés Sáenz (1892-1941). Vasconcelos, Rector de la Universidad Nacional y más tarde Secretario de Educación, escribió contra algunas de las ideas de Dewey en uno de sus libros más conocidos, *De Robinson a Odiseo* (1935). Vasconcelos argumentaba contra la teoría del aprendizaje a través de la acción sobre la base de que *intelligere* es más rico que *agere*. Vasconcelos pensaba que, aunque el pragmatismo podía ser adecuado para los Estados Unidos, adoptarlo "sería suicida en pueblos como los nuestros que ambicionan a una autonomía fundada en su cultura". Contrariamente a este punto de vista, Moisés Sáenz debe ser

reconocido por introducir en México las ideas pedagógicas de Dewey durante los años treinta.

Después de la guerra civil española, dos emigrantes españoles, José Gaos y Eugenio Imaz, junto con el mexicano Samuel Ramos, tradujeron al español cuatro de las mayores contribuciones de Dewey a la filosofía general, que fueron publicadas en Ciudad de México por el Fondo de Cultura Económica: *La experiencia y la naturaleza* (Gaos, José. 1948), *El arte como experiencia* (Ramos, Samuel. 1949), *Lógica. Teoría de la Investigación* (Imaz, Eugenio. 1950) y *La busca de la certeza* (Imaz, Eugenio. 1952). Cada uno de los volúmenes cuenta con una introducción realmente valiosa de cada traductor.

Como Gaos observó en su prefacio a *La experiencia y la naturaleza*, John Dewey no era desconocido para el público de habla española, pero hasta entonces ninguna de sus obras filosóficas principales había sido traducida: "Ello significaba en general una real deficiencia de la cultura de lengua española". De acuerdo con Donoso, Gaos había accedido a traducir el libro de Dewey al español para ofrecer a los filósofos de Latinoamérica una oportunidad para considerar una solución al problema de la modernidad distinta de la suya. Gaos quería confrontar a los filósofos latinoamericanos con el modo en que Dewey resolvía el problema filosófico moderno del dualismo contra el monismo, o del transcendentalismo contra el inmanentismo, porque, a juicio de Gaos, el gran mérito de Dewey había sido el no separar lo cultural o humano de lo natural.

Argentina fue el otro país más receptivo a Dewey. En primer lugar, es necesario mencionar el trabajo de Alejandro Jascalevich, estudiante con Dewey en Columbia, quien tradujo en 1916 al español *How to Think* con una nota introductoria de Dewey en la que escribe algo que resulta muy interesante para nosotros:

"Una de las mayores satisfacciones que he experimentado en estos últimos años, como Jefe del Departamento de Filosofía de *Columbia University*, ha sido la de observar entre mis alumnos el número siempre creciente de estudiantes hispanoamericanos. Desde hace tiempo he tenido la firme convicción de que si se estrecharan más íntimamente las relaciones intelectuales entre mi país y los países hermanos situados al sur, los resultados serían de provecho para ambas partes. Nuestras diferencias mismas de raza y de tradiciones históricas se combinan con la igualdad de nuestras tendencias sociales e ideales políticos, para mostrarnos, muy a las claras, lo que los unos de los otros tenemos que aprender".

Dewey termina sus palabras introductorias alentando las relaciones entre los países de Norteamérica y de Sudamérica no sólo en términos comerciales, sino también especialmente desde un punto de vista intelectual y ético. Hugo Biagini ha estudiado cuidadosamente la mayoría de los rastros del pragmatismo americano en Argentina en las primeras décadas del siglo XX. En 1939 Lorenzo Luzuriaga emigró a Argentina desde España. En aquel mismo año apareció en Buenos Aires su traducción de *Experiencia y educación* de Dewey, a la que seguirían otras muchas traducciones. "Corresponde a Luzuriaga —escribe Donoso— el honor de haber traducido más trabajos de Dewey al español que ninguna otra persona".

En Brasil hubo también una notable acogida de las ideas de Dewey a través de traducciones y, especialmente, a través del trabajo de Anísio Teixeira (1900-71),

llamado "el Dewey brasileño" por sus ideas pedagógicas. La influencia de Dewey llegó incluso a la reforma universitaria de 1968. También, las relaciones entre Paulo Freire y Dewey han atraído la atención de los investigadores en educación.

La referencia a cada uno de los países de Latinoamérica resultaría muy tediosa, pero lo expuesto hasta aquí es suficiente para ilustrar la tesis general que pretendía defender. Por una parte, a pesar de la reticencia que ha marcado a la cultura latina en relación con el "coloso del Norte", el pensamiento de Dewey, especialmente en educación, se abrió camino no solo a través de los libros, sino —quizá es lo más importante— a través de las escuelas. En gran medida la concepción de la educación de Dewey estaba inmersa en el movimiento internacional de reforma que comenzó con el cambio de siglo y que lenta, pero de forma segura, renovaría completamente a lo largo de todo el siglo la estructura del sistema educativo, incluidos España y los países latinoamericanos. Pero siendo esto así, es igualmente claro que los países de habla española han padecido durante la mayor parte del siglo XX una notable ignorancia sobre Dewey y, por extensión, sobre el pragmatismo norteamericano.

El alcance de esta ignorancia se encuentra quizá simbolizado en la acogida del libro de Harry K. Wells de 1954, *Pragmatismo: Filosofía del Imperialismo*. Este libro, que era una crítica marxista del pragmatismo, fue traducido al español en 1964 y ha sido una importante fuente de información sobre el pragmatismo para un número notable de filósofos profesionales en Latinoamérica. De esta forma, podría decirse que la figura de Dewey no sólo sufrió un eclipse debido a las dictaduras y otros regímenes autoritarios que le veían como un elemento peligroso de izquierdas, sino que también fue rechazado en países más democráticos por aparecer como un representante del imperialismo norteamericano que se había alineado con los opresores de los pobres en Latinoamérica. Sin duda alguna, nada podría ser más injusto para con Dewey.

Como escribía Rogelio Blanco al saludar la reimpresión de *Democracia y Educación* en España:

"Dewey, a pesar de ser vilipendiado y considerado el 'filósofo nacional estadounidense', cargándole todas las acepciones peyorativas que tal concepto abarca (capitalismo atroz, imperialismo, etc.) durante algunos decenios, no solo es la figura más representativa del pensamiento progresista norteamericano, sino que exige una nueva lectura acorde a la influencia de ámbito internacional que ejerció sobre la pedagogía progresista y a las permanentes sugerencias que aporta a los actuales planteamientos reformadores. Y, además, liberar su pensamiento de ciertos 'usos' que de él pretenden los neoconservadurismos sociales y economicistas en la actualidad".

Frente a los totalitarismos de uno u otro signo, el foco de la concepción de Dewey es su preocupación por la importancia y el futuro de la democracia. Como Hilary Putnam dice, para Dewey, "la democracia no es sólo una forma de vida social entre otras posibles formas de vida social; es la primera condición para la plena aplicación de la inteligencia a la solución de los problemas sociales". Es en este sentido en el que el proceso gradual de democratización de los países de habla española podría beneficiarse de la rehabilitación de la injustamente olvidada figura de John Dewey.

3. DEWEY Y EL RECIENTE RESURGIMIENTO DEL PRAGMATISMO EN LATINOAMÉRICA.

La ignorancia sobre Dewey y sobre el pragmatismo en general que caracteriza a muchos filósofos de Latinoamérica y de España se replica desgraciadamente en el desconocimiento de la filosofía hispánica por parte de los pensadores norteamericanos de la tradición pragmatista. Este desconocimiento se debe probablemente a una recíproca incompreensión cultural, en la que los factores sociológicos que han separado a ambas tradiciones han impedido reconocer la singular afinidad que hay entre ambas.

Afortunadamente, el resurgimiento del pragmatismo a través del trabajo de R. Bernstein, H. Putnam, R. Rorty en la filosofía norteamericana y de un grupo de pensadores europeos como K. O. Apel, U. Eco y J. Habermas, está también teniendo su efecto en los países de habla española y portuguesa. Hay un creciente interés por el pragmatismo en Latinoamérica que puede ser debido en parte a la aproximación gradual de los filósofos latinoamericanos a la filosofía académica norteamericana, pero que quizá está también relacionado con el descubrimiento de esa peculiar afinidad entre el pragmatismo y la tradición hispánica. Según ha señalado recientemente Gregory Pappas, "la filosofía de Dewey afirma y refleja valores que son predominantes y estimados entre los latinoamericanos, no entre los norteamericanos". De ser esto así, la filosofía de Dewey podría resultar un magnífico instrumento para mejorar la experiencia latinoamericana:

"Si supierais lo que Dewey quería decir con democracia, estaríais de acuerdo en que su patria es el último lugar donde buscar un ejemplo de democracia en América. No hay mejor filosofía para criticar a los Estados Unidos que la filosofía de Dewey. Quizá es por esto principalmente por lo que continúa siendo ignorado en los Estados Unidos".

De esta manera, una introducción a Dewey y al pragmatismo clásico norteamericano podría suministrar a los estudiantes latinoamericanos una ayuda excelente para lograr una mejor perspectiva de su propia tradición e incluso de aquello que la tradición hispánica puede enseñar a Norteamérica.

Puede añadirse quizá que algo parecido ha ocurrido en España en las últimas décadas de transformación democrática de nuestro país. Han comenzado a publicarse de nuevo libros de Dewey y su pensamiento ha vuelto a atraer el interés de los investigadores, no sólo en educación, sino también en filosofía política. Desde 1986 ha habido nuevas traducciones y el renovado interés académico por Dewey ha dado lugar a una cierta producción de artículos y tesis doctorales. Pienso que algo parecido está sucediendo en Brasil gracias al trabajo de profesores como la Dra. Edna Maia Magalhaes do Nascimento.

4. CONCLUSIONES

De acuerdo con el testimonio de Dykhuizen, John Dewey visitó brevemente Madrid en el verano de 1925 como parte de un largo viaje a través de Europa, durante el cual visitó los museos más importantes en compañía de Albert C. Barnes, americano

coleccionista de arte. Desgraciadamente, los rastros de esta visita a España son muy escasos, pero, como he indicado, la influencia efectiva de Dewey en España y Latinoamérica durante el siglo XX no puede ser negada.

Probablemente, su impacto durante el siglo XX irá en aumento. Larry Hickman no ha vacilado en escribir que "junto con Ludwig Wittgenstein y Martin Heidegger, Dewey es considerado como uno de los tres filósofos más innovadores del siglo XX". Estas palabras, en lo que respecta a Wittgenstein y Heidegger son probablemente ciertas con referencia a Latinoamérica y a España. En lo tocante a Dewey, podrían ser proféticas de lo que está todavía por llegar. Aplicando a Dewey la expresión que Walker Percy utilizó a propósito de Peirce, podría decirse: "La mayoría de la gente nunca ha oído hablar de él. Pero lo oirán".

A mi entender, el paulatino proceso de democratización de España y de muchos países latinoamericanos pasa través de una más plena recuperación del pensamiento de Dewey en educación y en la organización de la sociedad. La intuición central de Dewey es que las cuestiones éticas y sociales no han de quedar sustraídas a la razón humana para ser transferidas a instancias religiosas o a otras autoridades. En una sociedad democrática la aplicación de la inteligencia a los problemas morales es en sí misma una obligación moral.

Muchas gracias por vuestra atención.